



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 60, Año 2024, páginas 35-40
www.revistalarazonhistorica.com

La otra cara del poder: el miedo. A propósito de Thomas Hobbes

Luis R. Oro Tapia

Profesor de teoría política

Universidad Central - Chile

Sinopsis. En este ensayo se explora de manera genérica la relación que existe entre el miedo y el poder a fin de contribuir a una mayor comprensión del rol que tiene el miedo en la teoría política de Thomas Hobbes. Se argumenta que el miedo y el poder son indisolubles y que existe una leve primacía del primero sobre el segundo. Asimismo, se argumenta que la civilización, como hija del Leviatán, tiene por finalidad controlar el miedo, pero que ella, a su vez, genera nuevos miedos.

Palabras clave: Hobbes, miedo, poder, Leviatán, civilización.

Hay autores cuyo nombre está indisolublemente unido a ciertas palabras. Así, por ejemplo, Nicolás Maquiavelo al vocablo *príncipe*, Jean Bodin a *soberanía*, Barüch Spinoza a *conato*, Thomas Hobbes a *miedo*. Casi todos los manuales de teoría política¹, de historia del pensamiento político² y de filosofía política³ que circulan en nuestro

¹ Cf. George Sabine, *Historia de la teoría política*, FCE, México, 1979, pp. 337-352.

² Cf. Jean-Jacques Chevallier, *Los grandes textos políticos de Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid, 1965, pp. 51-69.

³ Cf. Leo Strauss y Joseph Cropsey (compiladores), *Historia de la filosofía política*, FCE, México, 1996, pp. 377-399.

medio consignan de manera categórica, pero a la vez de manera telegráfica y apodíctica, la relevancia que tiene el miedo en el pensamiento político de Thomas Hobbes⁴. Pero, pese al énfasis, no explicitan en qué consiste el miedo. Ni siquiera esbozan una caracterización o una definición mínima de él, simplemente dan por sentado de que es algo evidente en sí mismo. Sin pretender colmar dicho vacío, estas líneas tienen por finalidad esbozar una noción fenomenológica del miedo a partir de nuestra propia experiencia vital. Ello con el propósito de dotar de una mayor significación a dicho vocablo y así poder comprender mejor los planteamientos de Hobbes.

Quizás no todos los seres humanos han tenido la vivencia del amor sublime; pero sí, con toda seguridad, todos han sentido en más de alguna ocasión miedo, pavor, terror o angustia. La más universal de las experiencias humanas es la del miedo⁵. Si no lo han vivido a nivel consciente, han padecido sus síntomas: sudoración, taquicardia, convulsiones estomacales. Miedo y poder van de la mano. Quizás el miedo y el poder son sólo dos palabras para referirse a un mismo hecho. El miedo es el padre del poder y el poder engendra miedo. ¿Cuál es primero? Si ambos no son estrictamente congéneres, tal vez exista una prelación del miedo sobre el poder, por lo menos en cuanto a la génesis de este último, puesto que el miedo incita a la búsqueda del poder para ahuyentar el peligro.

La esencia del miedo radica en la sensación de impotencia que suscita una entidad amenazante, frente a la cual nos sentimos inermes, debido a que carecemos de los medios idóneos para neutralizar, destruir o resistir (exitosamente) a dicha amenaza. La posibilidad del daño siempre es inminente, por consiguiente, la amenaza supone una proximidad temporal y espacial de la entidad intimidatoria.

El miedo supone una situación conflictiva (latente o manifiesta) de sujetos que están en posiciones de poder ostensiblemente asimétricas o que, por lo menos,

⁴ No sólo ocurre con los manuales, también con los libros monográficos. Así, por ejemplo, el excelente libro de Leo Strauss sobre Thomas Hobbes (*La filosofía política de Hobbes*, FCE, México, 2006), con numerosas alusiones al protagonismo que tiene el miedo en el pensamiento del autor de *El Leviatán*, en ningún momento se detiene a explicar en qué consiste el miedo. Asimismo, la monografía de Corey Robi sobre el asunto en cuestión (*El miedo. Historia de una idea política*, FCE, México, 2010), con amplísimas referencias a Thomas Hobbes, tampoco explica la índole del miedo. Ambas obras asumen, implícitamente, que es algo tan evidente que no requiere de mayores precisiones conceptuales.

⁵ El miedo tiene en común con la aprensión, con la cautela y con la suspicacia un componente psicológico. Pero él, a diferencia de ellas, tiene además un componente fisiológico, en cuanto supone algún tipo de reacción somática, ya sea ésta a nivel consciente o no. Genéricamente el miedo se puede desagregar en tres especies: la ansiedad, el terror y la angustia. La ansiedad (la cual, pese a ser una sensación desagradable, suele confundirse paradójicamente con la excitación que es una emoción placentera) supone la existencia de un peligro concreto, es decir, de una amenaza puntual que causa desasosiego. El terror supone la existencia de un amplio espectro de peligros concretos que ponen en riesgo la integridad de la persona. La angustia supone la existencia de un peligro indeterminado u omnipresente, es decir, de una amenaza fantasma y, por lo mismo, difícilmente esquivable.

uno de ellos —el que se siente más vulnerable— la interpreta así. Si no existe una asimetría aguda, el peligro no suscita miedo; pero sí aprensión, reticencia, cautela.

Quien es capaz de infundir miedo tiene mayores probabilidades de imponerse en un conflicto latente. ¿Cómo? Realizando declaraciones intimidatorias o ejecutando conductas amenazantes. En ambos casos puede inhibir completamente la capacidad de respuesta del otro —sin siquiera llegar a ejecutar el acto intimidatorio en contra del sujeto vulnerable—, suscitando así una sumisión «voluntaria» del otro, pese a que tal sometimiento es contrario a sus intereses, valoraciones o sentimientos. En tal caso, se trata de un conflicto larvado y de una relación de poder de bajo costo para el dominante, en cuanto logra imponer su voluntad sin movilizar mayores recursos. En suma, el vulnerable se somete por miedo a perder algo o por miedo a ser lastimado física o psicológicamente.

Como se ve, el miedo supone estar consciente del peligro. Pero esa conciencia puede tener un mayor o menor sentido de realidad o, simplemente, carecer de ella. El primer caso tiene que ver con la lectura que se hace de una amenaza objetiva, es decir, que tiene realidad extramental. En el segundo, puede ser una amenaza puramente imaginaria (las fobias y las alucinaciones, por ejemplo) que radican sólo en la mente del sujeto, pero que, no obstante, pueden generar actitudes aprensivas y conductas preventivas e incluso agresivas.

El miedo es connatural a todas las relaciones de poder ilegítimas⁶. En tales relaciones, quien está en una posición desmejorada se encuentra entre la espada y la pared. Una de dos: el miedo lo empuja a la sumisión o, por el contrario, a la agresión. En ambas posibilidades el miedo está acompañado por una rabia mayúscula, pero que se manifiesta de manera diferente. En la primera posibilidad el miedo al transmutarse en rabia reprimida —es decir, inexpresada— deviene en frustración. En la segunda, el miedo se expresa como violencia verbal o conductual que afronta el peligro, pero a costa de ser lacerado o destruido por el poderoso.

El miedo, paradójicamente, siempre supone un margen de libertad y de una cuota mínima de poder, es decir, de una probabilidad —aunque sea ínfima— de revertir la situación inconfortable o, por lo menos, de contrarrestar o de eludir el daño. La angustia que suscita el miedo intenso radica, precisamente, en ese umbral de libertad, de voluntad y sobre todo de conciencia. Sin conciencia no hay angustia. Aquella permite evaluar —es decir, sopesar las opciones— de si es sensato (o no) rebelarse. La rebelión también implica enfrentarse a inhibiciones intrapsíquicas, cuya transgresión suele causar sentimientos de culpa. Así la decisión se torna más

⁶ Guglielmo Ferrero, *Poder. Los genios invisibles de la ciudad*, Tecnos, Madrid, 2022, pp. 38-43.

compleja; pues no sólo implica especular e imaginar cuáles serían, eventualmente, los perjuicios y beneficios objetivos del acto de rebeldía, sino que también implica asumir los costos psicológicos —tanto del conflicto de deberes como del derivado de las transgresiones a otras valoraciones— que tal insurrección generaría en nuestra psiquis profunda y a raíz de ello nuestra subjetividad ya tensionada se angustiaría aún más.

El miedo suele echar a volar la imaginación de manera, a veces, un tanto febril. De hecho, incuba fantasmagorías. La especulación puede generar, alternativamente, escenarios catastróficos y otros de redención del peligro. Ambos casos suponen la existencia de amenazas, ya sean concretas o fantasiosas, de mayor envergadura. Con todo, hay que tener presente que la imaginación —excitada precisamente por el miedo— magnifica los peligros.

En el primer caso el miedo empuja preventivamente a destruir amenazas reales o potenciales. El sujeto (individual o colectivo) que se siente amenazado opta por dañar antes de que lo dañen a él. Quien lo incita a atacar es la anticipación imaginativa del daño que él, eventualmente, recibiría de la entidad amenazante. El recurso, tanto el defensivo como el ofensivo, del cual el miedo siempre se sirve para conjurar el peligro es el poder. Quien quiera ahuyentar el miedo tendrá que aumentar su poderío. Sólo así podrá intimidar a los potenciales atacantes. Así, el acicate de la búsqueda del poder es el miedo. Como se ve, en el corazón del poder anida un miedo de tal índole que incita a dañar para no ser dañado.

En el segundo caso la impotencia que genera el miedo suele engendrar la esperanza de un «milagro», es decir, de algo que revierta completamente la situación amenazante. Por cierto, en la medida que se incrementa significativamente la sensación de peligro —es decir, la inminente concreción de una amenaza radicalmente destructiva— aumentan las expectativas de que aparezca un salvador, de alguien que pueda conjurar el peligro y redimir del miedo, en definitiva, de salvarnos de un mal. Pero no todos los salvadores son benevolentes. Por eso, no resulta del todo impertinente preguntarse, ¿quién nos salvará del salvador? El salvador puede ser una entidad individual (un gurú, un mesías, un «padrino», etcétera) o bien una entidad colectiva (una secta, una institución, una agrupación cualquiera).

El salvador salva a los que están esclavizados por alguien (o por algo) o a los que están atrapados sin escapatoria. Salva, en términos genéricos, a los débiles, a los que están postrados por un poder inconmensurablemente superior. Pero ¿quién es el débil? Aquel que está arrinconado, humillado, acoquinado y a punto de ser radicalmente sojuzgado o destruido por un poder aterrador. Es alguien que respira miedo y que exuda miedo. Es alguien que se tambalea en la cornisa de la angustia.

De esa situación desesperada sólo lo puede librar alguien (o algo) que tenga un poder de tal magnitud que pulverice las cadenas que lo mantienen aherrojado a un infortunio irredimible. Así el salvador salva al débil de un poder abrumador, de uno que causa un miedo aterrador. Pero lo salva porque tiene un poder mayor. Con uno que es capaz de intimidar al intimidador de la víspera y de anular sus propósitos. Así, miedo y poder siguen anudados.

La civilización emulsiona las relaciones de poder porque quita el aguijón a los miedos. Pero ¿qué es la civilización? Es un sofisticado conjunto de artefactos técnicos y de normas jurídicas y morales que tienen por finalidad disminuir el umbral de incertidumbre, de atenuar las fricciones interpersonales y de inhibir la violencia espontánea. Es verdad que tales dispositivos, medios o instrumentos no erradican el miedo; pero sí lo redireccionan y lo convierten en una energía creadora. El propósito de los aludidos dispositivos es hacer retroceder —o, por lo menos, acotar— el miedo que está omnipresente en todas las agrupaciones humanas. Esos instrumentos tienen por finalidad, como diría Hobbes, contener y encauzar los miedos que habitan en el corazón del hombre. Los aludidos dispositivos prosperan bajo el alero del Leviatán: la cortesía florece en las cortes, la urbanidad se cultiva en las urbes y, finalmente, con el desarrollo de las ciudades surge la civilización. Todo ello es posible porque el Leviatán controla el miedo.

Dicho de otro modo: uno de los fines que tiene la hija del Leviatán, la civilización, es amansar el miedo y transmutarlo en una «bestia» productiva, ingenieril, arquitectónica, disciplinada, educada. ¿Cómo? Creando artefactos técnicos y aumentando la seguridad. En síntesis, la civilización, por una parte, implica orden, seguridad, dominio, control, lo cual en última instancia supone una racionalización de las emociones y de las conductas. Por otra, implica crear un mundo artificial a partir de los elementos naturales, siendo el miedo precisamente uno de ellos. En consecuencia, la civilización, al igual que el Leviatán, es hija del miedo.

La civilización es un complejo artefacto creado por el hombre para satisfacer sus necesidades (físicas y espirituales) y ella por ser creación suya está sometida a su voluntad. Gracias a la civilización el hombre puede decirle a la naturaleza: *Non serviam*, es decir, no te serviré o no me someteré a tus leyes. Así, la civilización es un exitoso acto de rebeldía del hombre en contra de la naturaleza.

La civilización se hizo para el hombre, no el hombre para la civilización. Pero las cosas han cambiado bastante en las últimas décadas. Nuestra civilización, a diferencia de todas las anteriores, ha devenido en una entidad parcialmente autónoma y, en tal sentido, se ha emancipado de la voluntad de su creador. Si el hombre primitivo no era libre frente a la naturaleza, el hombre hiper civilizado no

es libre frente a la civilización. En poquísimo tiempo el hombre ha transitado desde el milenarismo miedo a los poderes divinos y naturales a las angustias y ansiedades que provocan las opresivas exigencias de la civilización tecnológica. Tanto es así que la vieja pregunta cómo dominar la naturaleza está siendo desplazada por otra que se encuentra en el polo opuesto, a saber: ¿cómo dominar la técnica?

Por cierto, ella ha instrumentalizado al hombre contemporáneo; lo ha convertido en su súbdito y él, por ser tal, tiene que someterse a sus imperativos. Más aún: actualmente el hombre no puede ser lo que es sin los artefactos tecnológicos. Sin el auxilio de éstos muere. La dependencia de ellos es absoluta. El hombre actual, a diferencia de sus antecesores, si se desvinculara de la civilización pondría en riesgo su sobrevivencia física. No puede prescindir de ella. En consecuencia, no es libre frente a ella. Así, el creador se convierte en súbdito de su creatura. Incluso, a veces, deviene en un interdicto. En esto último radica precisamente el carácter intimidatorio —y demoníaco, según Karl Jaspers⁷— de la civilización tecnológica, lo cual amerita elevarla a la categoría de diosa mortal.

Así vistas las cosas, el afán de acabar con el miedo es comprensiblemente un viejo sueño de la humanidad, puesto que él es una emoción detestable en cualquiera de sus formas: desde el simple temor hasta la angustia. La sociedad lo rechaza, ya sea porque lo considera síntoma de pusilanimidad o de cobardía. El hecho concreto es que no lo acepta, se avergüenza de él, le resulta abominable. Por eso, hace todo lo posible por extirpar sus causas, sean de la índole que sean. Cabe preguntarse si al hacerlo reniega de la condición humana.

Los utopistas —y también los místicos— sueñan con erradicar el miedo del corazón del hombre y de la sociedad. Si alguna vez lo logran, también dejarían de existir las relaciones de poder y los conflictos. Sería, además, innecesaria la política y el Estado. Pero, concretamente, tratemos de imaginar ¿cómo sería un hombre libre de miedos?, ¿quién querría relacionarse con él?, ¿un hombre incapaz de sentir miedo qué nivel de empatía tendría con quienes todavía padecen temores y angustias?, ¿cómo se relacionaría con el prójimo?, ¿aquellos que eliminan radicalmente el miedo de sus vidas qué tipo de orden social fundarían?, ¿podrían seguir llamándose humanos todavía?

⁷ Cf. Karl Jaspers, *Origen y meta de la historia*, Revista de Occidente, Madrid, 1965, p. 163. La palabra *demoníaco* —precisa Jaspers reflexionando en torno a la técnica— «no quiere decir que actúen los demonios. No hay demonios. La palabra se refiere siempre a algo que el hombre ha producido y, sin embargo, no ha querido; algo inexorable e indomable que tiene consecuencias para la totalidad de la vida; lo hostil y resistente que la mirada no penetra; lo que, por así decir, acontece a trasmano, lo subterráneo y oculto».